

TEMA 10: OTROS TEMAS

TÍTULO: **LA MUERTE DEL MITO**

AUTOR: *Dr. László Király*

Desde hace aproximadamente siglo y medio, sin importar quien se ocupe del asunto, todo el mundo está de acuerdo en que en el “Anillo” de Wagner los temas a tratar son el amor y el poder. Según el Maestro de Bayreuth, amor y poder son conceptos antagónicos, uno excluye al otro. Se trata de hecho de una ley universal. Cuanto mayor es la dominación, cuanto más dictatorial, más va destruyendo la empatía humana y excluyendo el amor. La filosofía wagneriana proclama que el poder y el amor son antagonistas.

Para Wagner, la Tetralogía es política pues ha constatado que los políticos imaginan sus propias personas como si de dioses o semidioses se tratara, como guardianes de la moral y de la ley. Para conservar el poder son capaces de todo, aunque se trate de algo inmoral o ilegítimo, lo que les conduce al hundimiento y la ruina. Así, el “Anillo” es la demostración de cual es el resultado del egoísmo, de la avaricia. No se halla adscrito a ninguna época y puede ser actualizado a cualquier época o período.

Pero Wagner no escribió un libro sobre ello sino que compuso una ópera. Era consciente de que ese tema seguía siendo actual en la época en la que él vivía y, sin embargo, no lo actualizó. Habría podido situar su obra en el siglo XIX, ponerle vestuario de ese momento, pero no lo hizo. Pues Wagner era un dramaturgo extraordinario y un filósofo genial. No quiso hacer una mediocridad o componer un panfleto de corta vida por muy espiritual que fuera esta.

“Actualizar”, he ahí el slogan más débil con el que nos topamos en nuestros días. Wagner situó a sabiendas sus composiciones en el universo del mito que es “intemporal”. En su obra “Opera y Drama” indica con toda claridad

que sitúa sus obras en el mundo del mito porque los mitos siguen siendo siempre auténticos e inagotables. Cada época y cada ser humano debe encontrar en ellos su propio mensaje y aplicárselo a su propia escuela. Estos mensajes son intemporales. Confirman nuestros sentimientos, nuestros conocimientos, la imagen que tenemos del mundo, la manera en que los hemos heredado y aprendido, la manera en que han tomado posesión de nosotros mismos. El mito crea una identificación en nuestro interior y, en un momento determinado, también estamos sufriendo con los dioses a quienes vemos totalmente humanos. De aquí los daños ocasionados por las modernas puestas en escena que resultan imperdonables. El director de escena se interpone entre la obra y mi persona, entre Wagner y Fulanito. El director de escena no representa una obra de Wagner sino que transmite su propia personalidad que, al lado de la personalidad de Wagner, resulta realmente pobre.

Un pequeño ejemplo: He visto el DVD de “La Walkiria” de Barcelona, puesta en escena de Harry Kupfer. Wagner, a través de una música muy rítmica, nos hace imaginar la huida de Siegmund en el fragor de una tormenta. Huye del dios, del enemigo, de la tormenta. Tambaleándose llega hasta una cabaña cuya puerta no está cerrada, se desploma junto al fuego sin sospechar quien es el propietario. Con el telón bajado, mis sentidos son conscientes de esa lucha sin piedad.

Eso no es así en Barcelona. El telón se levanta al sonar el primer compás y, en el transcurso del febril preludio, Siegmund va y viene profundamente aburrido por la parte delantera del escenario. En la parte posterior, Sieglinde hace ver que hace algo. Lleva una peluca blanca y una bata de abuelita. La imagen se me aparece insignificante y estática mientras la música suena a toda marcha. Una cosa u otra resulta completamente falsa. O Wagner tiene razón o la tiene el director de escena. El escenario no puede ir en contra de la obra.

Otro ejemplo: Siegfried llega a la cumbre en la que duerme Brunilda. La música alcanza cotas de sublime pureza. Puro Wagner pero ¿qué ven nuestros

ojos? Una estructura de chatarra con lúgubres cortinajes. Es la supuesta actualidad. ¿Defecto de la puesta en escena o falsificación intencionada? Y todo ello se hace en nombre de la modernización. Resulta estúpido creer que una acción clásica será más comprensible si la pasamos de un mundo intemporal al presente. Un Wotan vestido de smoking y gesticulando con una lanza resulta burlesco.

Flimm que sumió al “Anillo” en una mediocridad absoluta, lo desarrolló en una novela familiar en lugar de hacerlo en una tragedia mundial. La Tetralogía no es la Casa de Buddenbrook. Todo lo que no sea Wagner supone una impostura o un engaño.

Resulta absolutamente inútil escenificar los preludios, las oberturas, los intermezzos. Wagner habría podido hacerlo en caso de haberlo querido. Su finalidad no es que debamos rompernos la cabeza meditando sobre los engaños, la estupidez o la incomprensión de las escenas que se nos presentan hoy en día. Como hace el Sr. Schlingensiefel que se burla de las cosas serias pero olvida lo esencial: la compasión humana. En vez de ello nos presenta un conejo clavado en una reja.

El mito nos capta por su abstracción, nos obliga a pensar y a reflexionar. ¿Por qué presentar a Lohengrin sobre un montón de escoria, al Holandés en una tasca y a Tristán en un lavadero, por qué disfrazar de homosexuales a los cazadores del Landgrave Hermann en “Tannhäuser”?

¿Por qué mostrar toneles de gasolina y neumáticos? ¿Para arruinar la obra? ¿Qué hay de malo en mostrar algo hermoso? ¿Cuándo despertarán estos calamitosos trasplantadores que para actualizar el romanticismo lo convierten el algo lamentable?

Todavía quedan amigos de la ópera optimistas que confían que estas espantosas interpretaciones se acabarán un día u otro, que los responsables de encargarnos se cansarán, que los directores de escena dejarán de interpretar las obras para ellos mismos y lo harán para los espectadores. Y las puestas en escena volverán a ser como sus respectivos autores las desearon

originalmente. Estos directores de escena desaparecerán sin dejar huella de la misma forma en que han aparecido. Este no es el auténtico problema.

En una ocasión visité un reputado museo. Al mismo tiempo que yo, un grupo de escolares visitaba una de sus salas. Se pararon junto a un cuadro y comenzaron a discutir pues ninguno comprendía el significado de la imagen. Un anciano parecía querer matar a un joven que tenía las manos atadas. No lejos de ellos se veía un cabrito escondido debajo de una zarza mientras que del cielo descendía hasta ellos una gran claridad. Al parecer esta luz que irradiaba el cielo no consiguió despertar el cerebro de la juventud allí presente. El sacrificio de Isaac no les decía nada en absoluto. Ni uno de ellos conocía la historia de Abraham. ¿Hemos llegado a la época tecnocrática en la que los seres humanos se ven incapaces de comprender los mensajes de sus ancestros? La pintura, la música, la literatura clásica ¿han perdido hoy en día todo su significado? De ser así, esto significaría la muerte del mito. ¿Se busca como objetivo deshacerse de todo cuanto huele a heroico, a hermoso, a bueno? ¿Se estará cumpliendo la maldición de Alberich y la voluntad de Hagen?

Según el sentido wagneriano, ¿no debería el amor impedir que el oro lo dominase todo? El amor, en el sentido wagneriano, no significa simplemente sexualidad sino continuación de la vida. El amor constituye la herencia del mundo. Después de una terrible destrucción, la posibilidad de renacer a una nueva vida, de poder volver a empezar. Si algo resulta actual, este algo es el mensaje legado por Wagner pues el mundo actual, o bien cambia, o bien acabará por destruirse a sí mismo. Siegfried se rebela contra la vergüenza del oro, yerra en el intento pero la música wagneriana promete la redención, el renacimiento, la renovación. El mito no muestra sólo la sabiduría de los ancianos sino también la promesa del porvenir.

Pero hoy en día ¿quién presta atención a todo esto?

(Artículo publicado en la revista "Hirmondó", editada por la Asociación Wagneriana de Hungría. Año IX, nº 1-2. Primavera – verano 2007. Traducción: Eva Cesar / María Infiesta)